

LA CULTURA Y EL FUTBOL

RAMIRO CRISTOBAL

HEMOS tenido mala suerte; este año, los días mejores de la Feria del Libro van a coincidir con los Mundiales de Fútbol. Un día sí y otro también, las retransmisiones de partidos van a espantar la posible clientela. Los editores y libreros no ganan para disgustos. A la industria editorial española, siempre en precario, todo se le vuelven pulgas. El libro, la obra cultural peor considerada por el poder y el producto industrial más sensible a las crisis económicas, padece, además, en España, de una cierta especie de "jettatura" de proporciones considerables.

Claro que, a lo peor, no todo es mala suerte y es más bien mala intención, porque empieza a ser ya tópica la imagen del libro como pariente pobre del convite del consumo. Con razón se refería Amando de Miguel a lo que él llama "Bibliofobia", diciendo que "no conviene olvidar que se ha fomentado de algún modo desde las alturas; funcionó como una piedra clave del edificio de la reconstrucción cultural".

Mala hierba

Fernando Cendám, jefe de Difusión del Instituto Nacional del Libro, se atusa el bigote entrecano, con un leve gesto de santa indignación: "¿Cómo quiere usted que haya afición a la lectura si existe una Ley de Prensa e Imprenta fechada en 1502, según la cual han de ser quemadas aquellas personas que sean sorprendidas con libros prohibidos en su poder? En este país, cualquier tipo de Gobierno, salvo rarísimas excepciones y siempre muy braves, se ha desentendido de la cultura o la ha perseguido duramente. ¿Cómo queremos entonces que se lea?". Efectivamente, como también dice Amando de Miguel: "La historia del libro es la historia de la quema de libros"; una terrorífica historia de cómo arrancar la mala hierba, taponar los diques y convertir a los bomberos, como Bradbury, en purificadores ígneos de las buenas ideas y de las buenas costumbres.

Lo malo es que lo que partió de arriba se ha hecho moral entre la propia sociedad y en esta España de siempre, entre el egoísmo del poder político, la estrechez mental de la religión oficial y el orgullo ignorante de los nuevos ricos, todos nos hemos ido hundiendo en el mejor caldo de cultivo para las dicta-

duras rehuyendo, por propia impotencia, cualquier posibilidad crítica. Ahí está el origen de la crisis; y de la mala suerte que, como casi siempre, nos la hemos fabricado nosotros.

El árbol de la ciencia

En 1977, alrededor de 1.000 editoriales españolas publicaron un total de 24.034 nuevos libros, los cuales representan una cifra considerablemente mayor de los 13.041 títulos del año 1969 y más de seis veces los publicados en 1952, que

eran compensadas con la publicación rapidísima de otro que las absorbiese. Y también que en los últimos años setenta se hace notar la crisis económica y la producción se detiene para tomar un ritmo mucho más lento, especialmente en las editoriales grandes. Un dato significativo: la media de tirada, que está sobre los 7.500 ejemplares, no ha logrado ser rebasada desde, al menos, diez años.

Se produce así el círculo vicioso: la crisis económica repercute, en primer lugar, sobre un producto considerado superfluo, como es el libro; los editores disminuyen su

tores se inclinan muchas veces hacia el sensacionalismo y la pornografía. El libro de fondo va siendo dejado de lado para épocas mejores. Los mismos autores se pliegan a las exigencias del mercado editorial. Se trata de ensanchar el número de compradores, de forma artificial, a base de bajar el nivel cultural. El resultado es que si durante los años finales del franquismo el libro quedaba como objeto de trabajo y consumo de una pequeña élite culta e interesada, en los primeros años de la democracia se ha aumentado este número de lectores a base de una general desculturización. Paradójicamente, dadas sus necesidades económicas, son fundamentalmente las editoriales pequeñas las que han mantenido una mayor dignidad en los títulos que van dando a la luz, aunque rara vez pueden costearse ediciones de libros extranjeros, ni tampoco permitirse el lujo, hoy casi olvidado, de ediciones ilustradas.

El mundo es así

El escritor Manuel Andújar nos dice: "Lo más urgente es crear lectores. Editores y libreros tienen que ir a buscar al público. Es necesario que en los barrios y en los pueblos se vaya creando la necesidad del libro". Este es un poco el sentimiento de los intelectuales y escritores españoles que opinan, dicho sea de paso, que el Ministerio de Cultura está haciendo muy poco en este sentido. Hay dos terceras partes de españoles que no leen jamás un libro y, según una relativamente reciente encuesta, un sesenta por ciento de personas no había comprado ningún libro en la última anualidad. Téngase en cuenta, además, que dentro de los libros editados y vendidos se incluyen libros baratos, tipo "Oeste" y "novela rosa"; asimismo, en el apartado "Filología y lingüística" del INLE se incluyen enciclopedias y diccionarios, muchos de ellos de baja calidad. En lo que concierne al tema "Ciencias sociales" hay que incluir los libros de texto, que representan un buen porcentaje del total de lo publicado.

Todas estas circunstancias fallen, en mayor o menor proporción, una realidad ya triste de por sí. Se logra que la media de precios aparezca más baja de lo que en realidad sería si no se incluyesen las noveluchas de infima calidad; se aumentan las cifras de publicación



Tarradellas con el alcalde de la Ciudad Condal, Socias Humbert, en la inauguración de la Feria del Libro de Barcelona.

fueron 3.455. Sin embargo, es necesario hacer una aclaración: mientras los libros publicados crecieron con una gran rapidez en la década de los sesenta, a partir de los años setenta se estanca este crecimiento y así, en 1973, ya se publicaron 23.608 libros, muy pocos menos que el año pasado.

Esto nos indica, para empezar, dos cosas, a saber: que la industria editorial mantuvo sus especiales características económicas y comerciales durante la década del crecimiento español; es decir, que las pérdidas de uno o varios títulos

producción y empiezan a tener problemas de liquidez. El resultado final es que rara vez se encuentra el libro salvador del déficit de los demás. Por otra parte, se produce un doble hecho: en muchos casos los editores se ven obligados a encarecer considerablemente el producto y comienza la publicación de libros coyunturales y casi periodísticos que puedan ser vendidos con la mayor rapidez posible.

Todo el mundo parece estar de acuerdo: la actual situación incide en sentido negativo sobre el contenido cultural de los libros. Los edi-

Feria del Libro

total y se engordan las cifras de lectores y de compradores de libros con la obligada adquisición de libros de texto. Por ello hay que mirar con cautela ese sexto o séptimo lugar mundial alcanzado por la industria editorial española en lo que se refiere a títulos publicados.

Pero, en aquella búsqueda de lectores, ¿por dónde hay que empezar? Pues, en primer lugar, como apunta Fernando Cerdas, habría que plantearse como un problema global "no de un Ministerio, sino de un Estado". Popularizar el libro desde los medios de difusión y no como un objeto utilitario (aquel indignante y opusculista "un libro ayuda a triunfar"), sino como lo que realmente es, un bien humanístico y formativo insustituible. Lógicamente, esta popularización debería ir paralela a otra serie de medidas: educativas (fomento de la lectura desde la escuela primaria), económicas (más bibliotecas, menos costo de los libros), culturales (más y mejores contactos entre los escritores y la gente). Y como punto fundamental, hacer hincapié en la importancia social y política del libro en su función crítica y, por tanto, progresista.

Bien se ve que estamos hablando de utopías. Porque lo que realmente cuestiona el fomento del libro es el sistema político en que debe desarrollarse. ¿Cabe pensar que un régimen basado en los mil y un intereses económicos se preocupe de crear una conciencia crítica en una sociedad culta? Históricamente, el libro fue un objeto de persecución por los sistemas autoritarios; para pasar a ser un objeto de consumo, de menor cuantía en las sociedades en las que se ha logrado hacer cómplice a la mayor parte de la población de los intereses de los grupos dirigentes. El libro pasa a ser, así, un objeto de alienación que lejos de entrar en contradicción con el resto de estos intereses, contribuye a reforzarlos.

Queda, para ornato un poco extravagante de las sociedades liberales, el pequeño grupo de lectores que, por una u otra causa, han vencido los miedos y las trampas. Cerca de él, esa tierra incierta de los que no viven tranquilos en la alienación y les gustaría vagamente enterarse de lo que ocurre en su entorno.

Es en esta móvil frontera donde van a tratar de operar los que tratan de difundir el libro. El responsable de una importante editorial nos dice que las editoras deberían hacer donación de algunos de sus libros que tengan leves defectos, pero con ediciones enteras, para incrementar pequeñas biblio-

tecas populares, y deberían prestar su apoyo a las asociaciones de barrio para celebrar coloquios culturales con los escritores de obras publicadas por ellos.

El director del Libro de México, Díaz Cossío, nos sugiere algo que ya se ha hecho en su país: la creación de un cuerpo de ayudantes bibliotecarios que no necesitan tener la licenciatura en Letras, sino que sólo con la Enseñanza Media y un curso de un año puedan atender a esas bibliotecas populares de barrio o pueblos. En España esto es también un proyecto, pero en medios del Ministerio de Cultura se rumorea que ocuparán estos puestos las antiguas titulares de la Sección Femenina, que no acaban de encontrar acomodo en la reformada Administración suarista.

Los amores tardíos

Cuando Nietzsche —según Lilliana Cavani— oía la palabra "cultura", se reía a carcajadas. Cuando la oían los nazis, se echaban la mano a la pistola. Cuestión de circunstancias y caracteres. Aquí, a la época de la carcajada y la pistola, ha sucedido la de la demagogia palabrera. Ahora, en suma, hay un Ministerio de Cultura que se supone debe luchar con todas sus fuerzas para lograr aumentar el grado de educación y conocimientos de los ciudadanos de este país.

Son, sin embargo, amores tardíos; la típica pasión de anciano que es fuego de paja. Ya queda dicho que la impresión general entre los intelectuales es de que hasta el momento, el citado Ministerio se distingue por una considerable ineficacia. Claro que la no intervención

tiene una socorrida excusa en el viejo "laissez faire", de tan buena violeta en el liberalismo. El Ministerio de Cultura no quiere que se le acuse de dirigismo y dice querer poner sólo los cauces para la cultura popular. Claro que la Editoria Nacional tiene una sospechosa historia, pero querer acabar con ella parece demasiado cómodo. ¿Por qué no transformarla? No es necesario volver la vista muy lejos para recordar aquella etapa de cambios en la Editora, bruscamente interrumpidos por una serie de despidos de los que se habló mucho. En cuanto a las revistas culturales que de modo titubeante piensa poner en marcha el Ministerio, parecen más bien un medio de encerrar un poco más a poetas y ensayistas en su eterna torre de marfil.

De la nada a la más absoluta miseria, que diría Groucho. Obvio es decir que en este país de existir algún cauce es el del desprecio o el odio al libro. Y los que apedrean librerías no hay que olvidar que no se encontraban muy lejanos, en fecha sospechosamente reciente, de quien hoy tiene la obligación de defender y difundir la cultura. Quizá aquéllos, más ingenuos o más obtusos, no se han dado cuenta de que los vientos soplan en otra dirección, pero en unos y otros hay algo visceral que sale de lo profundo y que horroriza: la posibilidad de un pueblo organizado y culto.

La feria de los discretos

Desde las once de la mañana del día 31, el público puede comprar libros en esta Feria, que tiene ya a sus espaldas treinta y siete edicio-

nes. Doscientas setenta y una firmas, entre editores y librerías, ocupan los 344 módulos que reciben el espaldarazo oficial el viernes día 2, a las siete de la tarde.

Este año todo está más cuidado. La edición anterior tuvo un grave percance: hubieron de ponerse tres filas de casetas, y una de ellas, que daba al paseo de coches, estaba sobre la tierra; las lluvias que indefectiblemente acompañan a la Feria hicieron el resto, convirtiendo en un barrizal el exterior de las mismas. En esta ocasión hay dos filas solamente en la parte de delante de la antigua Casa de Fieras, y cuatro en lo que se viene llamando la "prolongación" de la Feria.

Un alto funcionario del INLE se muestra optimista: "Por primera vez, estamos en España ante la posibilidad de realizar la revolución cultural, dejando fuera las connotaciones políticas de esta expresión". Pero esta Feria es casi el único hecho tangible —importante, pero insuficiente— de la esperada "revolución", a la que, dicho sea de paso, nunca podrá despojarse de su carácter político. Por eso, precisamente, no se lleva a cabo.

La Feria del Paseo de Coches, en el Retiro, no es la única; en la plaza de Puerto Rubio, en Vallecas, se va a celebrar la sola Feria del Libro de barrio que tendrá lugar en Madrid; los módulos son ligeramente más baratos que en el Retiro y parece que las experiencias en barriadas de años anteriores no han sido muy alentadoras.

En fin, este año la cultura tendrá un nuevo escollo con los Mundiales de Fútbol y nuevas lamentaciones que hacer. La praxis de la revolución cultural no acaba de verse muy clara. ■



Mientras el Ministerio de Cultura se inhiere del asunto, dos tercios partes de la población española no lee nunca libros.